

Unos 3.000 saharauis boicotean



El saharauí tiene un carácter especial y nunca pide nada

EL día 17 de junio de 1970 amaneció en El Aaiún, la capital del Sahara, un día luminoso. Las autoridades españolas del territorio están contentas y esperan una jornada patriótica llena de vibraciones y vítores a España. La cuestión es muy sencilla. Se ha organizado una concentración de nativos en la plaza de la Secretaría General, la plaza más bella y significativa de la ciudad, orillada al desierto, donde todos los días se iza y se arria la bandera española ante la curiosidad de la gente.

El motivo de la concentración tiene algunas pequeñas razones, aunque ninguna de ellas tan importante como para causar verdadera preocupación. Resulta que días atrás, allá por el final de mayo, Bachir Bue-

ra, un comerciante inteligente, amigo de España, llegó hasta la Policía Territorial y preguntó por don Fernando Labajos, capitán jefe de la primera compañía. "¿Qué pasa, Bachir?" "No sé exactamente; pero algo se fragua en Smara. Los soldados saharauis nomadas están muy calientes." "¿Por qué?" "Al parecer, hablan de crear un partido contra el Gobierno o algo parecido." Labajos lo comunicó de inmediato a las autoridades, que no sabían nada y que tampoco se preocuparon nada con la noticia.

Ayudas y quejas

Habla algo más. El pueblo saharauí andaba con gran resquemor contra los chiujs, los jefes de familias de las tribus, los hombres más importantes del desier-

to. El Gobierno español, que entregaba una considerable ayuda mensual a la población en material, dinero y viveres, usaba a los chiujs como intermediarios para repartir la ayuda de la forma más equitativa. Pero el pueblo se murmuraba cosas al oído, que, según todos los síntomas, eran verdades como puños. "Si pasan con los camiones llenos, pero ¿a quién reparten? A sus familiares. O sea, que los mismos chiujs se quedan con toda la ayuda que entrega España." Había más aún. Por aquellos días las radios de Marruecos están desmadradas y se dedican a repetir cien veces al día la misma frase: "El Sahara es marroquí. El Sahara es marroquí." Los saharauis, al principio, se quedaron pasmados, pero poco después comenzaron a montar en cólera y a cuchichearse sus

penas de boca a boca: "Si el Sahara no es marroquí, ¿por qué España no lo desmiente por sus radios y por la nuestra?" España, sin embargo, siguió muda como una muerta.

Había más todavía. Los trabajadores saharauis que construían las carreteras interiores del territorio vivían en sus poblados, que se iban moviendo a medida que avanzaban las carreteras, y ganaban un buen dinero a base de sudar bajo el sol. Pero la mentalidad del saharauí es muy especial. Ellos nunca piden nada. Son orgullosos e hidalgos. Pero como le regales mil pesetas a uno de ellos, inmediatamente te piden todos mil pesetas. Y decían: "Los chiujs no dan ni golpe; los chiujs se quedan con todo ¿Por qué tenemos que trabajar nosotros tanto?" Con todas estas cosas, los

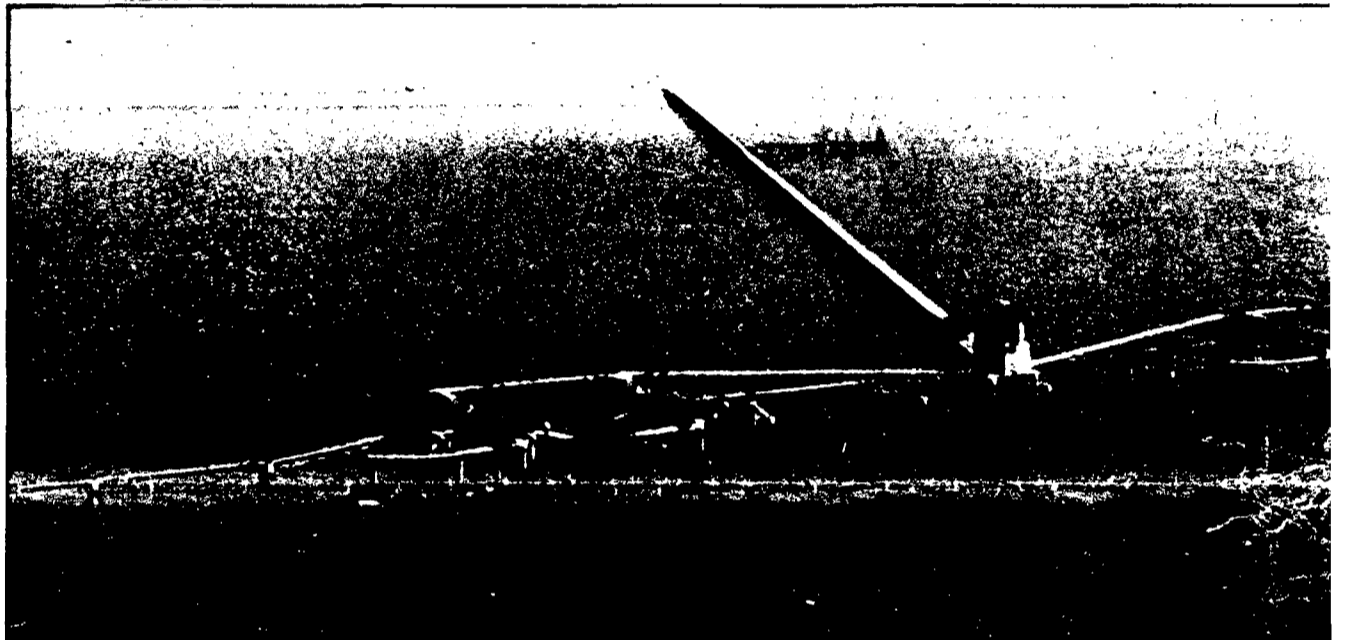
chiuj, que andaban un poco escorados e inquietos, fueron a ver al gobernador del Sahara, el general de división don José María Pérez de Lema, y le propusieron hacer un acto, una concentración, algo que acallara los rumores. España aseguraría tajantemente que el Sahara no era marroquí; España hablaría, como siempre, de igualdad para todos; España hablaría de justicia, etc.

Acto del 17 de junio

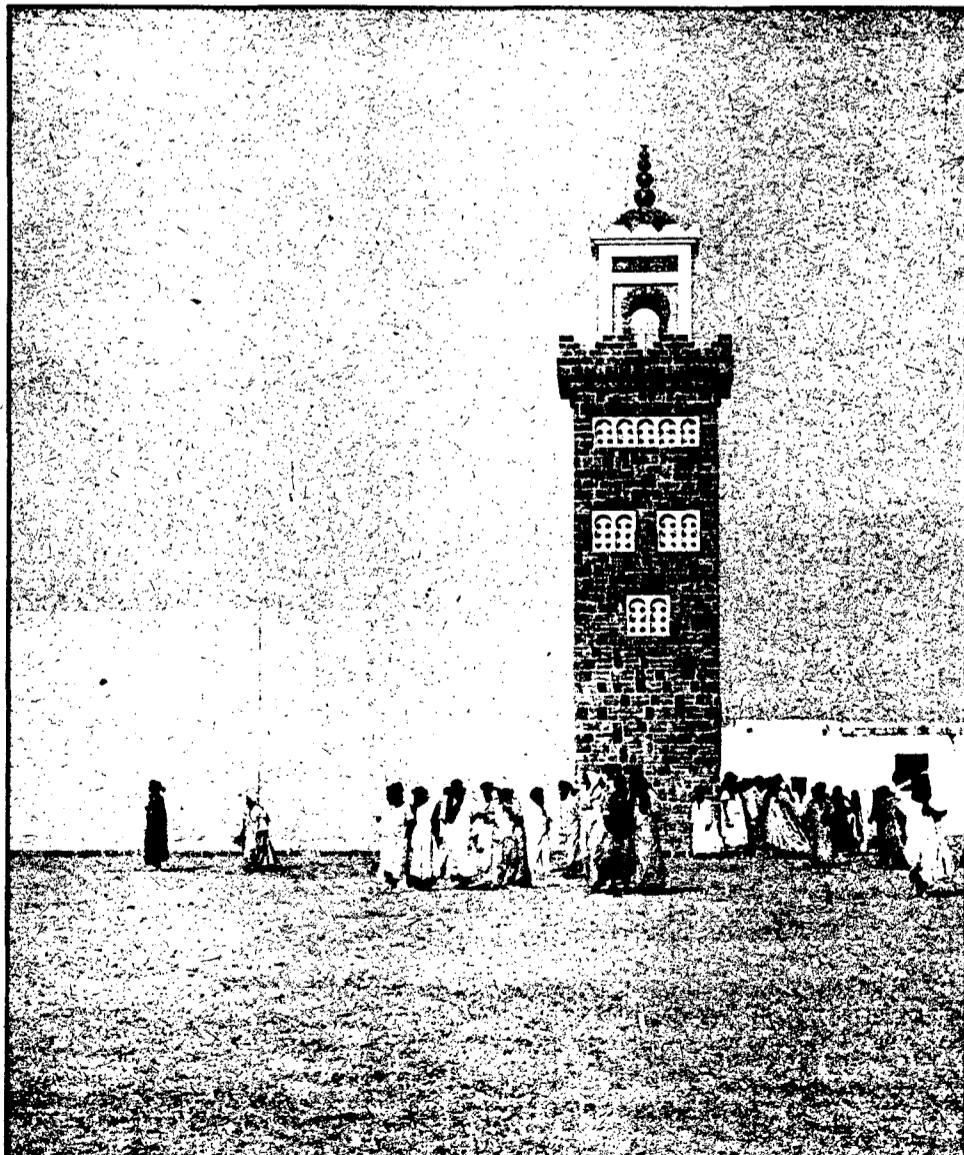
El gobernador aceptó la idea encantado, y fue así como se fijó para el día 17 de junio el patriótico acontecimiento, con la buena idea de poner camiones a disposición de los trabajadores del interior para que asistieran al acto y sintieran que ninguno de ellos estaba olvida-

CAPITULO I: "EL DIA 17 DE JUNIO DE 1970"

La protesta masiva se concentró en Jafarrambla ● Se produjeron dos muertos y veintitantos heridos al intervenir la Legión ● El general Pérez de Lema, gobernador del Sahara, habló en la plaza de El Aaiún a unos doscientos



Vista panorámica del cargadero del mineral, cuyos terminales permiten la carga de buques de hasta



Poco después comenzaron a montar en cólera y a cuchichearse sus penas de boca en boca



El oasis típico del desierto

ron un acto organizado

do por las autoridades españolas. La idea, pues, lo abarcaba todo.

En las primeras horas de la mañana del día 17 de junio comenzaron a llegar camiones a El Aaiún. Pero para llegar al pueblo hay que pasar por las Casas de Piedra, por Jatarramba, donde existe una gran explanada. Son los barrios pobres de la capital del desierto, los barrios que están sobre las pequeñas colinas.

Bien. Las autoridades esperaban en la plaza de la Secretaría General la llegada de la multitud. Y no llegaba nadie. Allí había cuatro gatos. "¿Qué pasa?" "Pues pasa que todos los camiones se detienen en Jatarramba, y allí descargan a la gente, y allí se están concentrando." "¿Y por qué?" "Eso no se sabe."

Hacia las doce del medio-



cien mil toneladas



Los saharavis, al principio, se quedaron pasmados

día, el gentío llegaba a tres mil personas. "Alguien les detiene."

Basir. Basir, al parecer. ¿Quién era Basir? Un misterio. Unos decían que había nacido en una pequeña tribu del Sahara; otros decían que no. Había estado en Marruecos; de allí, según noticias, lo habían echado por motivos políticos. El caso es que escribía. El caso es que parecía un hombre fino, que era un hombre instruido, un intelectual, un poeta. Y nada más. ¿Había estado en Smara y había hablado con los nómadas que querían formar un partido? Ciertamente Basir estaba en El Aaiún y que celebraba reuniones privadas, sobre todo en las casas de los pobres, en las que se decía que los salarios eran insuficientes, que las escuelas eran insuficientes. Pero nunca se habló mal de España. Eso lo sabían muy bien Bachir Buera y Beri Cal-lah, dos saharavis metidos en las reuniones para informar al Gobierno español. Solamente en una de ellas, ante un joven exaltado, que dijo algo sobre la justicia de las autoridades, Beri Cal-lah sacó una pistola y dijo: "Al que hable mal de España lo dejo tieso." Y se zanjó el asunto.

En Jatarramba

Como alrededor de las doce había en Jatarramba tres mil personas, y en la plaza de la Secretaría General, lugar de la cita, no más de doscientas, la cosa comenzó a preocupar

"¿Tendrá esto algo que ver con el asunto de Smara?" Por lo pronto, la Policía Territorial envió un par de coches con agentes, que sólo llevaban porras, y que se quedaron mirando a la multitud, sin intervenir. También subió un par de veces para informar el capitán Peral, de la segunda compañía. Y de parte del gobernador se les preguntó que por qué no bajaban.

Ellos, entonces, dicen que una comisión quería hablar con el gobernador para exponerle unas reivindicaciones. "¿Qué comisión?" Cuatro hombres: Ahmed Uld Kald Salah, hijo de un teniente de tropas nómadas; Buda Uld Ahmed Hamuadi, hermano del alcalde de El Aaiún; Gali Sidi Mustafa, antiguo cabo de la Policía Territorial, Muisa Uld Luchaa Uld Lebser, comer-

ciante. "Esta bien", se les dice. "Vengan con nosotros a hablar con el gobernador." Pero ellos contestan: "El mismo camino hay desde aquí a allá. Que suba el gobernador."

Ante las nuevas, el gobernador llama a López Huerta, delegado gubernativo de la región norte, y a Fernando Labajos. Y se van hacia arriba en dos coches. En el primero va el capitán

Labajos; en el segundo, el gobernador, López Huerta, y el teniente coronel Asensi, ayudante del gobernador.

Labajos llega a Jatarramba, ve la multitud, ve que aquello es una especie de feria, ve tipos cubiertos con el turbante, con sólo al aire los ojos, y recomienda al gobernador que no entre en la explanada. Este acepta el consejo y vuelve a su despacho.

El capitán Labajos se va al zoco viejo, y allí caza a El Latri, personaje chiu muy significativo y con gran poder, y a Muld, jefe de una tribu, cuyo padre, por aquello de dominar lo más posible, había repartido a sus hijos entre Argelia, Marruecos y Mauritania. Los interroga. Niegan su participación en el asunto.

(Pasa a la pág. 7.)



Las mujeres habían preparado montones de piedras



Por la noche detuvieron a los saharavis más significados

Así fue lo del Sahara

Entre los heridos con pedradas en la frente figuraba el capitán Labajos, de la Policía Territorial

(Viene de la pág. 5)

to y aseguran que en Jata-rrambla no tienen hombres de sus tribus. Se niegan a subir.

Se teme una marcha

En este intervalo, el gobernador vuelve a subir con el teniente coronel Asensi, habla con algunos de los manifestantes, pero no arregla nada. Vuelve a la plaza de la Secretaría, y ante un número ridículo de personas lanza a los vientos su preparado discurso, que es traducido por un locutor de Radio Sahara.

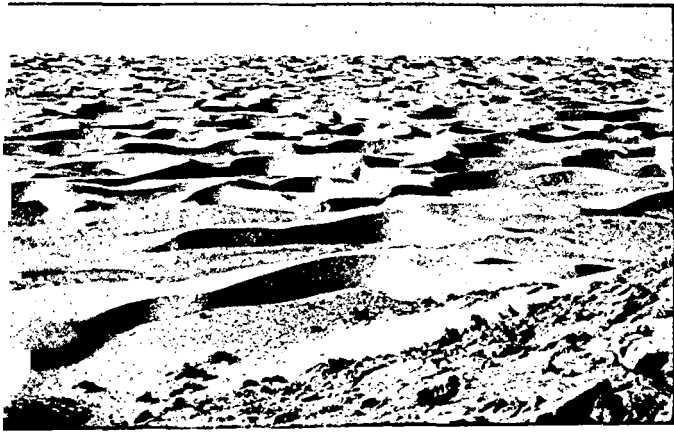
La Policía Territorial envía otros dos coches a Jata-rrambla, pero esta vez, además de las porras, en cada coche va un hombre con un fusil. A las dos de

cuenta metros. López Huerta y Labajos entran en la enfermería, les ponen un esparadrapo y van a ver al gobernador.

Como no se quiere de ninguna manera hacer una matanza, no se quieren emplear ametralladoras, ni fusiles, ni atacar a la multitud, se piensa y se encuentra una idea: realizar una maniobra de disuasión. Asustar. Que salga el grupo ligero blindado de la Legión, con sus autoametralladores, con su temible despliegue, que dé un par de vueltas encañonando a la multitud y que la multitud, asustada, huya.

¿Subió el grupo ligero?

No. Tocaron generala, reunieron una compañía al mando del juez de la Legión, capitán Artocha, reunieron cocineros, albañiles,



Los nativos se preguntaron aquel día: "Si el Sahara no es marroquí, ¿por qué España no lo desmiente?"

la tarde, la concentración se despejó un poco. Muchos saharauis se fueron a comer. De todas formas se deja un servicio de Policía, al mando del teniente Carrero, sobrino de Carrero Blanco.

A las cinco de la tarde, la cosa se pone más grave. La multitud ha crecido. Se escuchan gritos y más gritos—sin contenido, sólo para animarse ellos mismos—y comienza a temerse una marcha sobre el corazón de El Aalún, con el peligro que supone siempre una masa incontrolada. Suben dos coches más de la Policía y se alerta a la unidad. Suben López Huerta y Labajos y otros oficiales. Un saharauí extiende una mano de amigo y recibe una bofetada. Allí sucede lo nunca visto. Jamás un saharauí había ni siquiera insultado a un español. Pero, tras la bofetada, comienzan a llover piedras y más piedras sobre los españoles. Las mujeres habían preparado verdaderos montones de piedras, y todas fueron lanzadas, sin dejar una. Labajos recibe una pedrada en la frente. Le chorrea la sangre por el ojo y por la cara, pero no se limpia. Conoce el miedo a la sangre de los saharauis y avanza entre ellos, que se paralizan de horror. Comienza a dar bofetadas mientras grita: "Pero ¿qué hacéis, qué hacéis? ¿Queréis que os matemos a todos? Iros inmediatamente para casa." López Huerta también recibe una pedrada.

Toque de generala

Tiros. Se oyen tiros. ¿De la Policía Territorial, que había recibido la orden de no disparar? ¿De oficiales de la delegación gubernativa, que habían subido con pistolas? Tiros, rebotes de balas, heridos. Se repliegan los coches de la Policía cin-

mecanógrafos, se lanzaron hacia Jata-rrambla y cayeron sobre el gentío. Los saharauis, al ver aquello, sacaron los garrotes y se defendieron. Entonces, la Legión dijo para atrás, cuerpo a tierra y fuego a discreción. Muertos, según la versión oficial, dos; heridos, veintitantos.

Así terminó la concentración.

A la noche comienza a detenerse a saharauis significados. A pocos. A los cuatro cabecillas y a un locutor de Radio Villa Cisneros. No se les hizo nada. Se les soltó pronto, y la única represalia sobre ellos fue despojarlos de sus destinos de funcionarios.

Buscan a Basir

Pero ¿dónde está Basir? ¿Dónde está el organizador de todo aquello, el alma de todo aquello, el poeta, la llama, el que dio vida a la disconformidad existente, el que se reunía las rochas en los barrios pobres, el posible hostigador de Smara? A ése sí hay que detenerle.

Así que el capitán Labajos llama a Bachir Buera y a Beri Cal-Lah. "Tenéis que traerme a Basir. Porque el teniente coronel Asensi dice que sois del Partido y os va a detener, y la cosa no está para bromas." Ellos encuentran a Basir en una casa vestido de mujer y lo entregan a las autoridades españolas.

Estuvo en la cárcel unos quince días.

La versión que se dio más tarde fue que Basir había sido expulsado por la frontera de Marruecos, que es lo que se realizaba normalmente con todo aquel que se infiltraba y no estaba documentado en el Sahara.

Pedro Mario Herrero